

No dijo á quien se dirijian tales palabras; pero no era, evidentemente, á la molleja de ternera.

CAPÍTULO XVIII

EL SEÑOR JAMES HARTHOUSE.

El círculo de los Gradgrind tenía necesidad de reforzarse, y le convenían nuevos adeptos para cortar el pescuezo á las Gracias. Buscaban reclutas por doquiera, y ¿dónde podían encontrarlos mejor que entre los caballeros guapos que, á fuerza de estar ahitos de todo, se sienten dispuestos á cualquiera cosa?

Por otra parte, estas saludables disposiciones de espíritu, que elevan al hombre á la altura sublime de la indiferencia, no carecian de atractivo para la mayor parte de los miembros de la escuela Gradgrind. Admiraban á los caballeros hermosos; nos querían tener su aire, lo mismo da, y se pirraban por imitarles; afectaban hablar perezosamente, como ellos, y desembuchaban, con su aspecto agotado, las raciones menudas y mohosas de economía política, que adjudicaban á los discípulos. Jamás llegó raza híbrida tan sorprendente á aquel país.

Entre los donosos caballeros que no pertenecían propiamente á la escuela Gradgrind, se hallaba uno de buena familia y mejor catadura, con vena feliz en ocurrencias, que produjera el efecto más grande en la Cámara de los Comunes, cuando explicó, bajo su punto de vista (y el del consejo de administración) cierto accidente ferroviario, en el que unos empleados diligentes como nunca se hubieran visto, pagados por directores generosos como jamás se hayan conocido, auxiliados por los procedimientos mejores que se hayan inventado jamás, todo ello pertinente á la línea mejor construida que se haya trazado, habían matado á cinco viajeros y habían herido á otros treinta y cinco, á consecuencia de una eventualidad, sin la cual no hubiera sido íntegra, por cierto, la excelencia del sistema adoptado. Entre las víctimas se hallaba una vaca, y entre los objetos abandonados, un gorro de viuda. Y el miembro honorable divirtió de tal modo á la Cámara (que tiene tan delicado sentimiento de las humoradas) al poner aquel gorro en la cabeza de la vaca, que la asamblea no quiso oír hablar más de la información pedida, apresurándose á absolver á los administradores, en medio de fuertes salvas y risas locas.

Pues ese caballero tenía un hermano joven, que ofrecía mejor semblante que su primogé-

nito, habiendo empezado su aprendizaje en la vida como corneta de un regimiento de dragones. Encontró ese oficio cargante y, por cambiar, fué al extranjero con el séquito de un embajador de Su Magestad británica; esto aun le pareció más cargante. Mas tarde, se dió á viajar, por recreo, llegando hasta Jerusalén; pero también halló la cosa cargante, y se hizo á la mar, por último, con su yacht, sin ver nada que no fuese cargante. A ese joven aburrido manifestó un día el honorable y chistoso miembro de la cámara, con acento fraternal:

— Jem, existe un medio de abrirse camino, entre nuestros hombres de Estado positivos. Necesitan reclutas. ¿Por qué no ensayas la estadística?

Jem, sensible á la novedad de esa vocación, que le ofrecía, al menos, un poco de variedad, no sintió más repugnancia por probar la estadística que por cualquier otra cosa. Ensayó. Preparóse con la lectura de algunos libros azules, y su hermano iba diciendo á los hombres de Estado positivos:

— Si necesitais, para alguna ciudad, un chico donoso, que haga discursos bastante buenos, no teneis mas que tomar á mi hermano Jem. Precisamente es el hombre que os hace falta.

Después de varios ensayos oratorios en al-

gunos *meetings* públicos, Jem fué acogido por el señor Gradgrind y por un consejo de profetas políticos, quienes resolvieron dirigirle á Cokeville, para que se hiciera conocer en la ciudad y en las afueras, antes de la próxima elección. De ahí la carta que exhibiera Jem el día antes á la Sra. Sparsit y que en este momento tenía el Sr. Bounderby en la mano. Iba dirigida á « Josué Bounderby, banquero, Cokeville. Para presentar á James Harthouse, Tomás Gradgrind ».

Una hora después de haber recibido ese despacho, acompañado de la tarjeta del Sr. James Harthouse, Bounderby se puso el sombrero y se dirigió al hotel. Encontró allí al Sr. James Harthouse, que miraba por la ventana, en situación de espíritu tan aburrida, que ya tenía casi ganas de probar otra cosa.

— Caballero — dijo el visitante — me llamo Josué Bounderby de Cokeville.

El Sr. James Harthouse quedó encantado (bien que no lo parecía, por su semblante) de aquel encuentro que había deseado tanto.

— Cokeville, caballero — dijo el Sr. Bounderby, tomando buenamente una silla — no se parece á los demás sitios que haya V. podido ver. Si quiere permitirlo, ó tanto si quiere como no, pues soy hombre de una sola pieza, le

voy á dar algunos detalles, antes de ir más lejos.

Manifestó el Sr. Harthouse que tendría mucho gusto en oírlos.

— Nose precipite demasiado — dijo Bounderby. — Sólo le prometo una cosa. Primeramente verá V. nuestro humo. Es lo que nos hace vivir; es lo que hay de más sano en el mundo, bajo todos conceptos, y sobre todo para los pulmones. Si es V. de los que quieren obligarnos á consumir nuestro humo, no nos entenderemos. No tenemos ganas de utilizar el fondo de nuestras calderas más aprisa de lo que se hace, por toda la gritería estúpida que se levantara en Inglaterra é Irlanda.

Para dar á su *ensayo* todas las probabilidades de éxito, Harthouse respondió :

— Señor Bounderby, le aseguro que participo por completo de su modo de ver : y es por convicción.

— Tanto mejor — dijo Bounderby. — ¿ Probablemente le habrán hablado mucho también del trabajo de nuestras fábricas? Sí ¿ verdad? Muy bien. Voy á explicárselo. Es el trabajo más fácil y agradable que existe, y no hay operarios mejor retribuidos que los nuestros. No es posible hacer más comfortable el interior de nuestras fábricas, á no ser que las alfom-

bráramos con alfombras de Persia, lo que no es nuestro propósito.

— Tiene V. toda la razón, señor Bounderby.

— En fin — dijo Bounderby. — Es preciso que sepa V. sobre qué atenerse, por lo que hace á nuestros trabajadores. Todos los Brazos de esta población, caballero, hombres, mujeres y niños, sin excepción, entrevén sólo una cosa. Desean que se les alimente con sopa de tortuga, con caza y en cuchara de oro. Y nosotros no tenemos el menor propósito de alimentarlos con sopa de tortuga, con caza y en cuchara de oro. Ya conoce V. Cokeville.

El Sr. Harthouse declaró que ese sucinto resumen de la situación cokeburguesa le había instruido é interesado en alto grado.

— Mire V. — continuó el Sr. Bounderby — cuando trabo conocimiento con un hombre, especialmente si es hombre público, empiezo por entenderme con él, sin necesidad de andar con rodeos. Sólo tengo que decirle una palabra, señor Harthouse, antes de expresarle el gusto que tendré, en el límite de mis contados medios, en honrar la carta de presentación de mi amigo Tom Gradgrind. Usted es un hijo de familia. No vaya V. á descarriarse, imaginando solo un instante que yo sea un hijo de familia. Soy la escoria de la hez del pueblo.

Si algo hubiese podido aumentar el interés del Sr. Harthouse por el Sr. Bounderby, esta última circunstancia hubiera producido su efecto: por lo menos, no dejó de asegurarlo.

— Por lo tanto — prosiguió el Sr. Bounderby — podemos estrecharnos la mano bajo un mismo punto de igualdad. Digo de *igualdad*, porque soy tan orgulloso como V., aunque sepa mejor que nadie lo que represente y la exacta profundidad del fango de donde se me sacó. Soy tan orgulloso como V. Ahora he amparado ya mi independencia. ¿Qué tal va V.? ¿Espero que bien?

El Sr. Harthouse dió á entender, mientras cambiaban un apretón de manos, que estaba bien, muy bien, gracias á la saludable atmósfera de Cokeville. El Sr. Bounderby acogió esta respuesta muy favorablemente.

— Quizá sabe V. — dijo — ó quizá no lo sabe, que me he casado con la hija de Tom Gradgrind. Si nada mejor tiene V. que hacer, podría acompañarme al otro extremo de la población y tendré mucho gusto en presentarle á la hija de Tom Gradgrind.

— Señor Bounderby — replicó Jem — se anticipa V. á mi mejor deseo.

Terminó allí la plática y salieron. El Sr. Bounderby guió á su nuevo conocido (que formaba

con él contraste visible) hacia la casa de ladrillos rojos, de postigos negros en el exterior y de cortinas verdes en el interior, con puerta negra de entrada, al pie de la cual habian dos peldaños blancos. En el salón de ese hotel vió el Sr. James Harthouse aparecer á la chica más singular que había encontrado nunca. Se hallaba tan cohibida y, con todo, tan desembarazada; tan reservada y, sin embargo, tan atenta; tan fría, tan soberbia y, no obstante, tan sensitiva, tan avergonzada por la humildad fanfarrona de su esposo, cada ejemplo del cual la hacía estremecer, como si hubiera recibido un golpe en pleno pecho, que Jem experimentó una sensación muy nueva, al contemplarla. El semblante de Luisa no era menos digno de observación que sus modales; pero el juego natural de su fisonomía se dominaba de tal modo, que era imposible adivinar la expresión verdadera. Indiferente en absoluto y segura de sí misma, jamás inquietada y nunca, empero, tranquila, se hallaba junto á ellos en persona, y se aislaba con el pensamiento. James Harthouse vió que sería inútil, hasta algún tiempo, tratar de comprender á esa chica, por la manera como distraía su penetración.

Después de examinar á la dueña de la casa,

el visitante dirigió una mirada á la casa misma. En la habitación no había ninguno de esos callados indicios que anuncian la presencia de una mujer: ninguna de esas pequeñas decoraciones graciosas, de esas encantadoras inutilidades que ponen de manifiesto una influencia femenina. Fria é incómoda, de una riqueza arrogante y dura, aquella desvergonzada estancia veía á la gente con descoco, sin dejar advertir en parte alguna la ocupación más ligera de una mujer, lo que habría, cuando menos, suavizado su aspereza. De tal modo se erguía el Sr. Bounderby, en medio de sus dioses penates, cuyas divinidades rígidas de soberbia y de opulencia cuadraban bien á la tiesura del mismo. Había una armonía simpática entre ellos.

— Ahí tiene á mi señora, caballero — dijo Bounderby — La Sra. Bounderby, hija mayor de Tom Gradgrind. Lu, te presento al Sr. James Harthouse. El Sr. Harthouse se ha afiliado al partido de tu papá. Si no se convierte, dentro de poco, en el colega de Tom Gradgrind, oiremos, así lo espero, hablar de él en las elecciones de algun distrito próximo. Ya vé V., señor Harthouse, que mi esposa es más joven que yo. No sé lo que ha encontrado en mí, que la decidiese á tomarme por esposo, pero algo debe haber encontrado. De lo contrario, supongo

que no se habría casado conmigo. Posee una infinidad de conocimientos preciosos, señor, ya políticos, ya de otro género. Si quiere V. prepararse, en un instante, para hacer un discurso sobre cualquier materia, no puedo recomendarle mejor maestro que Lu Bounderby.

— Sería imposible recomendar al Sr. Harthouse un maestro más amable y del que él tuviera mayor gusto en seguir las lecciones.

— ¡Vamos! — dijo el Sr. Bounderby — si lo dá por los cumplidos, conseguirá V. su objeto, pues no tiene que temer la concurrencia. Jamás tuve ocasión de estudiar cumplidos é ignoro el arte de hacerlos. Hablando con franqueza, le diré que los desprecio. Pero V. no ha sido educado como yo; usted ha sido educado en buena forma, ¡por San Jorge! Usted es un es caballero y yo no pretendo serlo. Soy José Bounderby de Cokeville y esto me basta. Sin embargo, si no me dejo influir por los buenos modales y el nacimiento, puede que Lu Bounderby los guste. No ha tenido iguales ventajas que yo (desventajas, según usted, quizá; mas yo lo estimo de otro modo), de manera que no perderá V., sin duda, su molestia.

— Por lo visto, el Señor Bounderby — dijo Jem, volviéndose hacia Luisa y sonriendo — es un noble animal, que ha quedado casi en

estado salvaje y se halla libre de todos los arreos del convencionalismo, con los que debe apenar un mísero caballo de picadero como yo.

— Por lo que veo, el carácter del Sr. Bounderby le inspira mucho respeto — contestó ella, tranquilamente — y es natural.

Bounderby fué derribado vergonzosamente por un hombre que conocía bien el mundo y se preguntó : ¿Cómo debo tomar eso ?

— Vá V. á consagrarse al servicio de su patria, según me ha parecido entender al Sr. Bounderby. ¿Se ha decidido V. — prosiguió Luisa, siempre de pié en el mismo sitio en que se había parado, ofreciendo el contraste de una mujer segura de sí misma y cohibida — á indicar al país el medio de salir de todas sus dificultades ?

— No, señora Bounderby — replicó él, riendo — no, palabra de honor. No tengo pretensión alguna de esa índole ni trataré de que lo juzgue V. así. Conozco algo el mundo, por haber corrido de acá y allá, de derecha á izquierda; y he descubierto que no valía gran cosa. No hay nadie que no esté persuadido de ello; sólo que los unos lo confiesan y los otros no. Vengo buenamente al servicio de las opiniones de su papá, puesto que todos me son indiferentes, y tanto vale defender unas como otras.

— ¿ No tiene V. opinión particular ? — preguntó Luisa.

— Ni siquiera he conservado la sombra de una preferencia. Le aseguro que no doy gran importancia á una idea. La infinidad de veces que me he fastidiado en este mundo, me ha hecho convencer (si no es palabra demasiado seria por el sentimiento de despreocupación que quiero manifestar), que una serie de ideas determinadas puede hacer tanto bien como otra y tanto mal como cualquiera. Conozco á una agradable familia inglesa que ostenta una divisa italiana *Che sarà, sarà* : es la sola verdad que acato, por el tiempo que corremos.

Observó que esa pretensión abominable por la franqueza en su improbidad, vicio peligroso, parecía que no causaba en Luisa una impresión desfavorable. Aprovechóse de esta ventaja, prosiguiendo en tono jovial, de manera que ella pudiese otorgar á sus palabras una significación tan seria ó tan poco seria como juzgara conveniente.

— El partido que todo lo puede probar con una línea de unidades, decenas, centenas, etc., me parece la cosa mas chusca del mundo y, por cierto, la más digna de triunfar. Estoy dispuesto á ensayarlo con tanto ardor como si creyera en ello. ¿Qué más podría hacer, si creyera en verdad?

— Es usted un hombre de Estado original.
— Dispense V. No tengo ese mérito débil. Las gentes de mi opinión, es decir, las que no la tienen, puede V. creerlo, componen la mayor parte de nuestros hombres de Estado : para asegurarse de ello, no hay más que sacarnos de nuestros grupos adoptivos y hacemos pasar un examen en regla, uno después de otro.

El Sr. Bounderby, que se había hinchado de tal modo, durante su forzado silencio, en términos de correr peligro de estallar, interrumpió la conversación y propuso aplazar la comida para la seis y media, á fin de aprovechar el intervalo, haciendo que el Sr. James Harthouse girara una visita electoral, entre las notabilidades votantes é interesantes de Cokeville, *intra et extra muros*. Hízose la gira electoral ; y el Sr. James Harthouse, gracias al uso discreto de los conocimientos adquiridos, de prisa y corriendo, en los libros, salió victorioso de la prueba, pero cada vez más fastidiado.

Por la noche, halló la mesa preparada para cuatro comensales ; pero uno de los sitios quedó sin ocupar. El Sr. Bounderby no dejó pasar tan buena ocasión, sin encarecer un plato de anguilas estofadas, á diez céntimos la ración, con que se regalaba por las calles á la edad de ocho años, así como el agua de calidad inferior (des-

tinada, especialmente, á regar el afirmado), con que rociaba sus comidas. Entretuvo de esta modo á su huésped, durante la sopa y el pescado, haciendo el cálculo demostrativo de que él, Bounderby, habíase tragado en su juventud unos tres caballos en forma de salchichones.

Estos detalles, que Jem escuchó con aire de fatiga, intercalando de tiempo en tiempo un : « Ah ! magnífico », lo hubieran decidido á marcharse el día siguiente, por la mañana, aunque hubiese tenido que volver á Jerusalén, si Luisa no hubiera intrigado su curiosidad.

— ¡Cómo ! ¿Nada hay—pensaba él, mirándola, mientras ella estaba sentada en el sitio de honor, en que su persona, pequeña y elevada, pero muy graciosa, parecía tan bonita como fuera de lugar — ¿Nada hay que pueda conmover á ese semblante ?

Sí, por Jupiter, algo hay, y cátao que viene en forma imprevista. Tom apareció. Luisa cambió por completo, al abrirse la puerta, y una sonrisa iluminó sus facciones.

Una sonrisa radiante. Quizá el Sr. James Harthouse no la hubiera admirado tanto, si no se hubiese extrañado, durante tanto tiempo, de ver la impasibilidad de aquel rostro. Alargó la mano, una bella manecita, muy suave, y

sus dedos estrecharon los de su hermano, como si hubiera querido llevarlos á sus labios.

— Toma, toma — pensó el visitante — Ese mequetrefe es la única persona que la interesa.

Presentaron el mequetrefe al Sr. James Harthouse. El nombre no era muy lisonjero, pero podía justificarse.

— Cuando tenía tu edad, joven Tom — dijo Bounderby — era puntual ó bien me largaba sin comer.

— Cuando V. tenía mi edad — replicó Tom — usted no buscaba en sus libros un error que fuese preciso rectificar y no tenía que hacer luego su tocado.

— Muy bien; esto basta — dijo Bounderby.

— Entonces — gruñó Tom — era inútil que me recriminase.

— Señora Bounderby — dijo Harthouse, que oía perfectamente esa conversación, cambiada en voz baja. — La cara de su hermano me es familiar. Me parece haberle encontrado en el extranjero. ¿O en alguna escuela pública, quizá?

— No, — respondió ella, — con vivo interés. No ha viajado todavía. Se ha educado aquí, en casa. Querido Tom, digo al Sr. Harthouse que no ha podido encontrarte en el extranjero.

— No he tenido nunca la suerte de viajar, caballero.

Nada había en él que fuese digno de hacer irradiar el semblante de su hermana, pues era un joven mustio y picarón, que ni siquiera se mostraba galante para con ella. La soledad de su corazón tenía que ser muy vacía, para que necesitara ella entregarlo al primero que viniese.

— He ahí porque ese mequetrefe es la única persona que la ha interesado — pensó el Sr. James Harthouse, juzgando la cosa en su fuero interno. — Ahí está el misterio: es claro como el día.

En presencia de su hermana, ó cuando ésta salía del comedor, no dejaba el mequetrefe de mostrar el desprecio que le inspiraba el Sr. Bounderby, desde que podía entregarse á él, sin despertar la atención de aquel personaje independiente, ya haciendo muecas, ya guiñando del ojo. Dejando de responder á sus comunicaciones telegráficas, el Sr. Harthouse fué muy tranquilizador para Tom, durante el resto de la velada, y pareció tomarle cariño. Por último, cuando se levantó para regresar á su hotel, manifestó el temor de no dar con el camino, por ser de noche, y el mequetrefe, ofreciéndosele al punto como guía, salió á acompañarle.